

## CAPITULO IX

### Las producciones de lujo

El cuidado de resistir, en lo interior, los asaltos de los reaccionarios, lo mismo que el de hacer frente a los peligros procedentes del exterior, no había deprimido a los individuos, no les había hecho ignorar o desdeñar las preocupaciones de orden intelectual.

A pesar de la aspereza de las luchas y de los obstáculos, la revolución se afirmaba atractiva y simpática.

Cuando se adquirió la certidumbre de que lo necesario abundaría, que cada necesidad quedaría satisfecha, se pensó en lo agradable, en el lujo, descuidado en los primeros momentos. Los obreros de arte abandonaron sus profesiones para dedicarse a trabajos más inmediatamente útiles. Pasada la crisis, volvieron a sus antiguas ocupaciones a medida que se producían las demandas.

Hubo naturalmente en esos oficios — cinceladores, joyeros, modistas, decoradores —, mayor fluctuación en el nivel de la producción que en los que se dedicaban a satisfacer necesidades primordiales. En éstos, las estadísticas evaluaban con aproximación suficiente la cantidad de las demandas, mientras que en las industrias de lujo había un margen de imprevisión, consecuencia del capricho por ciertos objetos. Las organizaciones sindicales de esas diversas ramas hicieron frente a esas condiciones particulares, unas veces recurriendo al envío de muestras a los almacenes de repartición, otras formando catálogos. Las demandas se servían inmediatamente conforme se iban presentando.

Entre esas producciones de necesidad secundaria, había objetos — relojes, lámparas, etcétera —, que entraban en la categoría del consumo gratuito y que, no obstante, podían considerarse como en la categoría de producción racionada, sea que fuesen de metal raro, sea que exigieran tal cantidad de trabajo que no pudieran producirse en abundancia. En ese caso, esos objetos adquirían un valor que se establecía según la cantidad de metal raro y el tiempo de trabajo que se incorporaban. No se llegaba más que a una aproximación, pero se tenía por suficiente, porque ya no se

tenía el cuidado de la fijación exacta del valor. Era ese un problema del tiempo antiguo que se había unido al del hallazgo de la piedra filosofal.

Además de esas industrias, que conservaban todavía un fondo de utilidad, los obreros de arte se dedicaban, según las demandas, a trabajos de lujo, a los destinados a la alegría de los ojos, a satisfacer los gustos variados de una población cada vez más refinada.

Los objetos de producción racionada se entregaban a quienes deseaban su adquisición, a cambio de bonos de consumo de lujo, a los cuales, como ya hemos indicado, por simple comodidad, se había conservado la división nominal en francos.

La fabricación de objetos de lujo y racionados no implicaba, para los trabajadores que a ella se dedicaban, una remuneración diferente de la que todos recibían: como todos los trabajadores, recibían su carta de gratitud y su carnet de bonos para el consumo racionado.

Las relaciones de productor a consumidor eran, pues, en esto como en todo, de igualdad y de solidaridad: entre unos y otros había sencillamente un cambio de servicios. El «cheque social» sólo intervenía para fijar la importancia del cambio realizado; denotaba el punto de equilibrio, pero no establecía, como antes la

moneda, un beneficio para uno de los contratantes, cuyo beneficio reportaba un perjuicio para el otro contratante.

Ese mecanismo de organización, que dosificaba el uso según las posibilidades del momento y, gracias al racionamiento, establecía una balanza en el goce del lujo, se aplicó a diversos servicios, entre otros al funcionamiento de los teatros.

Artistas y personal de todo orden que colaboraban en cualquier grado a la vida del teatro, se habían sindicado y federado, y, como en toda rama social, el organismo corporativo aseguraba el funcionamiento de las salas de espectáculo.

Allí, como en toda profesión, no hubo privilegios para el talento: la remuneración era para todos igual a la establecida en todas las demás corporaciones. Esa igualdad de tratamiento, esa nivelación social que elevaba los desheredados al bienestar, ofuscó a algunos profesionales de la escena, que se hubieran acomodado a cualquier régimen que les hubiera satisfecho su vanidad con ostentosos privilegios. Esos tales se indignaron exclamando que se abría una era de barbarie, y, uniéndose a los privilegiados, emigraron.

Los verdaderos artistas, los que veían en el

teatro, no una exhibición más o menos retribuída, sino el verdadero arte, quedaron con el pueblo; despreciaron el oro y la vanidad y se asimilaron al nuevo medio.

Modificóse, naturalmente, la organización de los teatros: directores, comanditarios y accionistas, productos del régimen capitalista, con él desaparecieron. Con el comercialismo desapareció un género de espectáculos que rebajaba el arte y no tenía más fin que el éxito financiero por procedimientos indignos. En cuanto dejó de representarse para obtener ganancia y el público no fué atraído a los espectáculos por maniobras de reclamo, su gusto, hasta entonces desviado artificialmente, se purificó.

Formáronse compañías de artistas, según los géneros y los espectáculos, músicos, cómicos, dramáticos, dramaturgos, cantantes, reclutándose por afinidad, que vivían en común y trabajaban en determinados teatros, que, siendo propiedad social, estaban a su disposición, lo mismo que todos los accesorios, decoraciones y trajes. Cuando se trataba de renovar un material o de montar un nuevo espectáculo, el grupo del teatro, directamente o por mediación de su sindicato, se entendía con los grupos de las profesiones competentes y obtenía lo que deseaba. A lo menos, así quedó establecido

cuando se adquirió seguridad para el porvenir. Precedentemente, en el período de incertidumbre y de transición, cuando se temía que faltara lo necesario, se descuidó lo superfluo, y los teatros se surtieron del stock burgués.

Las representaciones se sometieron a una tasa pagada en «bonos» de lujo. Este ingreso no servía para remunerar la compañía, porque, siendo unilaterales, eran un medio de consumo, no de cambio; en aquellas circunstancias servían de billete de entrada, no de moneda. No obstante, aquella forma de ingreso tenía una utilidad: marcaba el grado de placer que hallaba el público en tal o cual espectáculo y se consideraba como compensación de la remuneración recibida por el personal del teatro. Hubiera sido anormal, en efecto, que ese personal trabajara en balde y se dedicara a una tarea que la indiferencia del pueblo considerara inútil.

Al lado de esas compañías teatrales, que organizaban regularmente espectáculos y de ello hacían profesión, se desarrolló lo que antes se llamaba teatro de aficionados. Poco a poco se iba generalizando, haciendo pensar si llegaría acaso a dominar o aniquilar al teatro profesional.

Tal era una de las consecuencias de la reducción de las horas de trabajo debido a la sociedad. Con su duración ya reducida y con

tendencia a reducirse más aún, todos tenían tiempo de sobra y lo empleaban a su gusto, según sus aspiraciones y sus aptitudes.

La falta de medios, la carencia de salas y de decoraciones que antes habían reducido a perpetua inferioridad esos grupos de aficionados no existía ya; tenían las mismas facilidades para montar un espectáculo que las compañías de profesionales; entre ellos no se elevaban rivalidades mezquinas; el germen de los conflictos, el mercantilismo, radicalmente extirpado, sus relaciones eran tan cordiales como lo permitía un resto de vanidad artística; los profesionales no tenían la concurrencia de los aficionados, y, ayudándose mutuamente, vivían en compañerismo.

Las producciones literarias se aseguraban por procedimientos del mismo género: constituyéronse sindicatos de literatos y de periodistas, que también participaron de la vida nueva sobre la base de la igualdad.

Los periódicos constituyeron un precioso instrumento de vulgarización durante el período de la batalla, de que los revolucionarios usaron ampliamente. En sus manos, los diarios se sanearon y llenaron cumplidamente la función a que estaban destinados: circular las noticias,

publicar las informaciones y dar a conocer los acontecimientos.

Esa función, en la sociedad capitalista, era mal cumplida generalmente; algunos periódicos habían llegado a un extremo inicuo; creados por el capital, vivían de él y para él; los reyes del dinero se servían de la prensa para sus especulaciones y su menor mal era engañar al pueblo.

Pasado el período transitorio, los diarios no tenían ya razón de ser en su forma antigua; su multiplicidad era una anomalía; no habiendo negocios que explotar, no se necesitaba difundir cierta publicidad, puesto que sólo se trataba de informar lealmente a la población, de someter a su juicio los acontecimientos que se desarrollaban diariamente.

El mecanismo de los diarios se transformó por completo: el diario se unificó con las agencias telegráficas y telefónicas de información, que con él se amalgamaron.

Gracias a instalaciones de telegrafía y de telefonía, combinadas con procedimientos de impresión y de fotografía a distancia, el servicio de las informaciones transmitía en todas direcciones las noticias que recibía.

En las salas de espera de las estaciones, en los restaurants, en las salas de reunión, en los clubs, en calles y plazas, en todas partes donde

se juzgaba útil, se hallaban instalados aparatos de recepción, donde sucesivamente los acontecimientos se imprimían, se fotografiaban, se inscribían luminosamente o se hablaban por la voz de los teléfonos, resultando el diario de publicación continua.

Aparte de esa gaceta permanente, que a cada hora, a cada minuto, ponía los acontecimientos a la vista de todos, se publicaban ediciones, servidas gratuitamente a todos los organismos sociales, a las bibliotecas, a los clubs, a las salas públicas.

Los particulares podían, por el coste en «bonos» de lujo, abonarse a las ediciones impresas o a la gaceta permanente. En este último caso, mediante aparatos receptores instalados en su casa, continuaba sin interrupción la transmisión impresa y fotográfica, mientras la transmisión oral era suprimida o establecida, a gusto del abonado, por la maniobra de conmutadores.

Además de esa publicación, circulaban numerosos periódicos y revistas literarias, científicas, filosóficas, sociológicas u otras, editadas por individuos o grupos, con absoluta libertad, siendo ilimitado el campo de la crítica.

El mecanismo de esas publicaciones era sencillo: los iniciadores reclutaban abonados que, con bonos de lujo o con su parte personal de

bonos, hacían los primeros gastos. Si afluía suficiente número de abonados para equilibrar los gastos de la publicación, ésta continuaba. Solía suceder que el editor o editores de una publicación se dedicaran por completo a su obra, si el número de abonados crecía suficientemente; entonces salían de su sindicato profesional e ingresaban en los sindicatos de periodistas o literatos. Su remuneración social no variaba con el cambio, ni aun con el éxito de su publicación; a lo más podían recobrar los bonos de lujo que habían adelantado para garantizar los primeros números. Lo único que les era posible, si el número de abonados aumentaba hasta exceder el margen de los «gastos», era mejorar la publicación.

Si los iniciadores de esas publicaciones particulares no recibían remuneración más elevada que otro, en cambio disfrutaban del placer de esparcir sus ideas, de divertir, de interesar, de apasionar a sus contemporáneos.

La publicación de libros diversos: novelas, poesías, obras de ciencia, de historia y otras, se efectuaba de manera análoga: los sindicatos del libro se encargaban de la edición, y esas obras, aparte de una gran difusión gratuita en los grupos y las bibliotecas, se ponían a la circulación en los almacenes y depósitos socia-

les, como productos de lujo. Frecuentemente el autor había de cubrir los gastos de impresión de su obra con sus bonos personales, reembolsándolos después en caso de buen éxito. Ocurría también que podía, durante un tiempo proporcionado a la importancia de ese éxito, abstenerse de su función social, lo que le permitía dedicarse completamente a la elaboración de otra obra.

Gracias a esta organización de la producción literaria, de arte y de lujo, las obras nuevas se daban a luz sin que sus autores tuvieran que luchar contra la hostilidad ambiente; sin haber de sobreponerse a la rutina y a las preocupaciones, sin subir a ningún calvario, porque no existía barrera entre ellos y el público. Entre el individuo y los grupos había una condescendencia y una amplitud de miras que se abría a las ideas originales, a las nuevas aspiraciones; a la cizaña sucedía el compañerismo, y de todas partes emanaba serena benevolencia.

No por eso pudiera considerarse mejorado el ser humano: esa modificación era simplemente cuestión de medio. Los hombres no eran mejores ni peores: eran, como antes, ni buenos ni malos. Mientras evolucionaban en una sociedad en que el interés personal inclinaba al mal, o en que el bien del uno era un compuesto

del mal del vecino, la vida fué una lucha áspera. Después hubo transposición: el medio social era tal que el interés de cada uno halló su satisfacción en la satisfacción del de sus semejantes; cuanto más dichosos eran todos, más lo era cada uno. Era, pues, natural que dominasen los actos buenos, puesto que eran los únicos generadores de bienestar, de alegrías, de placeres.

De ese modo cada uno trabajaba sin contar, sin preocuparse de la ganancia que obtendría en compensación de su esfuerzo.

Esa evolución se marcó por el desarrollo que adquirieron los grupos de afinidad, los cuales, como hemos indicado a propósito del teatro, se formaron junto a los grupos profesionales y aparte de las tareas corporativas, de que no se hallaban dispensados. De ahí nacían agrupaciones con los objetos más diversos: unas se dedicaban a una tarea artística o literaria; otras se proponían las más variadas investigaciones científicas, lingüísticas, arqueológicas, etc.

Esos agregados pululaban tanto, que se preveía el momento en que, gracias a la iniciativa, la actividad y el esfuerzo de sus afiliados, la mayor parte de las funciones de arte y de ciencia perderían el carácter profesional y quedarían aseguradas, una vez cumplido el

trabajo social, por asociaciones de voluntarios que en ello encontraran agrado, recreo y satisfacciones intelectuales.

Esa tendencia era tanto más lógica, cuanto que el límite de edad de trabajo, a los cincuenta años, libraba al ser humano en un período en que sus facultades, lejos de haberse extinguido, conservaban todavía frescura, lucidez y vigor.

Para los retirados se abría una vida nueva: aunque dispensados de sus funciones corporativas, no podían resolverse a la inactividad; sus músculos y sus células cerebrales tenían necesidad, para evitar la anquilosis y conservar a su organismo su particular equilibrio, de entregarse a ejercicios físicos e intelectuales. Esa necesidad podían satisfacerla, sea participando en las tareas de los grupos de afinidad que mejor concordaban con sus temperamentos e inclinaciones, sea interviniendo más en la gestión sindical.

Esta se efectuaba, en efecto, por libre consentimiento, por delegaciones aceptadas en las asambleas generales, en los diversos comités sindicales, federales, confederal, sin que esas delegaciones implicasen dispensa de trabajo. Se había evitado cuidadosamente toda reconstitución burocrática, que hubiera tenido el inconveniente de inmovilizar cierto número de personas aislándolas de la actividad productora,

y hubiera corrido el peligro de cristalizar el organismo social, en vez de sostenerle en permanente trabajo de evolución y de progreso. Las funciones sindicales no requerían, por consiguiente, una remuneración particular. A ellas se dedicaba el que por ellas sentía inclinación.

Cada uno podía dedicarse a las tareas de estadística, de coordinación de los datos de la producción, de la circulación y del consumo, a causa de que el trabajo corporativo dejaba tiempo para ello. Así fué posible, sin crear una categoría especial de funcionarios, hacer frente a las necesidades de gestión social, y los que voluntariamente aceptaban el cargo lo cumplían fácilmente con la continuidad y la regularidad indispensables.